

Desmasculinizar la Iglesia ¡Bien por el Papa Francisco!

Quizás, no todo se pueda afrontar al mismo tiempo, y por eso hay que **aplaudir los gestos que el papa Francisco** va haciendo desde el comienzo de su pontificado, por cierto, provocando rechazo agrio, y quizás animadversión, en los que otrora defendían la obediencia ciega al papa de turno. Así, el permiso para las bendiciones a parejas de mujeres o de hombres, que se puede ver como un signo de acogida de los diferentes, o, aún más recientemente, haber invitado a tres mujeres a participar en una reunión del más alto nivel en el Vaticano, el C9, viendo en este hecho un deseo plausible de **desmasculinizar** los centros de decisión eclesiásticos. En parte, normal, pues se iba abordar el **papel de la mujer en la Iglesia**, intentando además que el debate afectase a las relaciones de la Iglesia católica con el resto de las mujeres cristianas.

Por eso, la presencia de Jo Bailey Wells, obispa de la Iglesia anglicana y vicesecretaria general de la Comunión Anglicana. En la reunión también participaron las religiosas de la orden de María Auxiliadora, Giuliva Di Berardino y Linda Pocher. Si al mismo tiempo que desmasculinizamos a la Iglesia, la **desclericizásemos**, le estaríamos haciendo doble y urgente favor. En este caso no ha sido así, pues las mujeres participantes en esta ocasión en el C9, no son seculares. El clericalismo, que margina a los seculares, hombres y mujeres, y el trato discriminatorio negativo que reciben las mujeres en la Iglesia, han sido reconocidos como factores relevantes que provocan la desafección de mucha gente, que en algunos casos llegan hasta abandonarla, o, al menos, a separarse de ella. Todo lo que se haga con el fin de **normalizar relaciones de igualdad** dentro de la Iglesia debe ser bienvenido.

Hay otras muchas causas de desafección a la Iglesia, como el **lenguaje tan arcaico** de la liturgia, que sigue insistiendo en presentarnos a un Dios Todopoderoso, lejano e innecesario, pues no llegamos a entender de qué nos sirve. Necesitamos más un Dios comprensivo y acogedor, Misericordioso. Sucede lo mismo con la norma litúrgica, tan absurda, que reserva la **lectura del evangelio** a un diácono o a un sacerdote que parece que son los únicos idóneos para ello. ¿Por qué no hacer ya cambios tan sencillos como estos? Debiera existir una libertad creativa, que ya algunos clérigos ejercen, para hacer estas adaptaciones sobre la marcha.

También hay **contenidos fundamentales de catequesis**, que tarde o temprano habrán de ser abordados, si es que la Iglesia quiere ser de verdad hogar donde los fieles se encuentren **mentalmente a gusto**. La imagen de un Dios que está en el Cielo no concuerda con la presencia de un Dios que está en todo. Parece que tengamos un Dios allá arriba, no sabemos dónde, que gobierna. El cielo es el "espacio" donde vive Dios, que nos resulta tan misterioso como él mismo. Pero, aún habiendo aprendido a vivir en un Dios que es misterio, debemos poder **racionalizar**

amablemente nuestra relación con él. El Dios en el que uno cree no puede traumatizar nuestra razón, queriendo hacernos comulgar con ruedas de molino. No sé si nuestros líderes religiosos quieren saber de verdad las razones por las que muchos abandonan la Iglesia, o desconectan con ella. Es un tema importante que nuestra razón se encuentre al menos **moderadamente cómoda** con la presencia de Dios en nosotros. Cabe hablar de misterio, pero hasta cierto punto. El límite creo que lo marcará nuestra propia intuición.

El actual sínodo puede ser un importante momento de adaptación a nuestra mentalidad moderna. La reflexión ha de ser hecha, por el bien de los creyentes, limpiamente, sin prejuicios. Si se piensa que **“en la Iglesia no se puede hacer nada que rompa con lo anterior”**, y que **“hay que buscar una reforma en la continuidad”**, poco se podrá avanzar en la renovación. Esta postura conservadora tan radical maniató la reflexión. Al menos se podrá decir que hay que diferenciar entre las formas, el ropaje, y los contenidos, y entre los contenidos esenciales originales y los que fueron naciendo posteriormente. Nuestra iglesia de hoy es fruto de muchas rupturas desde el nacimiento de la primera comunidad cristiana que siguió a Jesús. No verlo es de ciegos. No parece de recibo esa afirmación tan categórica de que en la Iglesia no hay nada que rompiera con lo anterior. ¿No hubo ruptura entre la iglesia de las catacumbas y la constantiniana? ¿Se parecen las liturgias de las primeras comunidades a las que hubo luego, y en parte sigue habiendo, con tanto fasto y oropel? ¿La autoridad jerárquica de hoy se parece a la apostólica? Ha habido rupturas, llamativas y abundantes, alejándose, sobre todo los líderes, de las pautas marcadas por el Maestro de Nazaret. **El romper de hoy es para acercarnos un poco más a la vida de los momentos fundantes, al origen de la tradición.** A mí no me cabe duda de que una Iglesia en salida, humilde, pobre, sin poder social, todavía sin dogmas... sería más cristiana y atractiva para la gente de hoy.

Oviedo, 8-2-2024.
José María Álvarez Rodríguez